

Y, como en la vida de todo hombre, hay recuerdos que se quedan fijos, como un tatuaje y, mires donde mires, se levantan inundándolo todo, emborronándolo todo como el llanto en los ojos, Valdivielso remata su excelente trabajo con "el recuerdo del presidente Aguirre al final de la vida" de Prieto. Aquí se nos presenta un "don Inda" amable, "aficionado a los dulces", agotado por la placidez y el desgarrar, "frente al mar", lamentando la muerte de Aguirre y concediéndose unas escapadas ante la suya inminente.

El libro de Saiz Valdivielso no estafa a nadie. Da lo que promete en su título y con creces. Nos espolea a saber más de Prieto y a amar a ese socialismo y socialista, entregado y razonable. La historia del socialismo vasco y español, infinitamente ligada, en los años 30, a "don Inda" puede levantar su frente con dignidad a la hora de inventariar la historia estutaria para el País Vasco. Hoy lo sabemos mejor, gracias a la labor, paciente y cuidada del profesor Alfonso Carlos Saiz Valdivielso, gestor de proyectos culturales, miembro de tantas entidades culturales, reconstructor y presidente de la sociedad "El Sitio" y prestigioso escritor de ensayos, novelas y guiones cinematográficos.

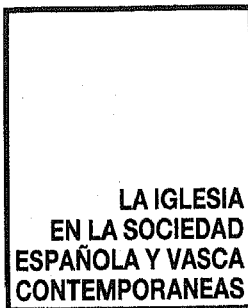
F. RODRIGUEZ DE CORO

La Iglesia en la sociedad española y vasca contemporáneas

Villota Elejalde, I.

Bilbao. Magisterio Derio. Desclee de Brouwer, 1985, 531 págs.

Ignacio Villota Elejalde



El título del libro responde, en efecto, a lo que en él se trata. Su autor divide el trabajo en cuatro partes. La primera discurre desde fines del siglo XVIII hasta la crisis última del sistema canovista en 1931. La segunda ahonda en el estudio de la II República; la tercera considera la guerra civil de 1936-39; y la cuarta el régimen del General Franco. "A lo largo de esas cuatro partes —razona Villota Elejalde— contemplamos el quehacer de la Iglesia o, mejor, el papel jugado en aquellos aspectos que más claramente pueden dejar su impronta e, incluso, influir en el desarrollo sociopolítico de España, en general, y del País Vasco, más en concreto. Si, en alguna ocasión, durante la República de 1931, por ejemplo, estudiamos a la Iglesia en España en general, incluido el País Vasco, en otros, nos ha parecido mejor una diferenciación metodológica, pues muy diferentes fueron los hechos y raíces de los hechos vividos" (pág. 8).

La primera parte, a su vez, apresa en cuatro capítulos toda la riqueza de la vida de la Iglesia por Euskal Herria, desde la quiebra del Antiguo Régimen hasta el amanecer republicano del 14 de Abril de 1931. Así pues, la incidencia que la Iglesia tuvo en el discurrir socio-político de finales del siglo XVIII y principios del XIX queda suficientemente estudiada de la mano de los más prestigiosos autores de la época como Artoila, Domínguez Ortiz, Sarraih, Herr, Herrero, Albaladejo, Fernández de Pinedo y Mari Cruz Mina. Con Fernández Albaladejo, Villota certifica el paralelismo entre el clero español y el vasco en sus comportamientos, subrayando, sobre todo, la pobreza del de Vizcaya y Guipúzcoa, que le hicieron solidario del campesinado.

Pero el siglo XIX es, por definición, el siglo de la divulgación de las libertades. Durante la época "liberal" se viven momentos en que las circunstancias rebasan los límites de la estructura de las ideas y la preocupación por las libertades se trasvasa a la sociedad, a través del constitucionalismo y de sus instituciones bien concretas. La Iglesia: clérigos y seglares marcan su presencia con reconocida influencia por el País Vasco. Villota Elejalde prosigue su estudio con la llegada al solar vasco de los ejércitos napoleónicos, siguiendo la trayectoria, tanto del obispo de Calahorra, el tráfuga Aguiriano, como de su sustituto apócrifo Aguado y los planteamientos significativos a Bonaparte de los 122 curas del señorío de Vizcaya.

Pero el autor, meticuloso en todo, presenta su trabajo en una secuencia cronológica ordenada. Por eso se adentra después en la presencia de la Iglesia en los

“días de persecución y terror” que fueron los de la primera y segunda reacción absolutista de Fernando VII, como los llamaba Pedro de Urquinaona. Aquí Villota, después de considerar la intervención del clero vasco en las contiendas civiles de 1820 al 23, se detiene en la postura beligerante de la Iglesia durante la primera carlistada al lado del pretendiente, que llegó a creer “que tomar las armas en favor de Don Carlos era un deber absoluto de conciencia”. Señor de la bibliografía de estos temas, Villota cimenta su trabajo en autores tan cualificados como Revuelta, Cuenca, Cárcel Ortí y Jutglar.

Finaliza este capítulo con el recorrido de la Iglesia durante la época isabelina sin descuidar, aunque de pasada, el espinoso problema de la desamortización, con el uso de los estudios de Donezar, Mutiloa y Extramiana. Dedicada, en fin, un epígrafe sustancioso al importante acontecimiento de la creación de la diócesis de Vitoria, basado en nuestro primerizo trabajo de *“País Vasco, Iglesia y revolución liberal”*, publicado por la Caja Vitoria en 1978 y todavía no superado.

Dentro de esta primera parte, el capítulo tercero se centra en el período llamado sexenio democrático (1868-1876) y segunda guerra carlista (1872-1876), de riquísima vitalidad eclesiástica. Sin descuidar los primeros pasos de la industrialización por el País Vasco y la génesis del movimiento obrero, Villota recuerda los avatares, hasta grotescos, del nuncio Franchi, en los turbulentos días del rodaje de la revolución “gloriosa” y, más en concreto, las vicisitudes del clero vasco y asociacionismo católico con Manterola en el Parlamento o con el *“Semanario Católico Vasco-Nava-*

rra” en la prensa. Los trabajos de González Portilla, Tortella, Olabarrí, Cuesta Real, Garmendia, Tuñón de Lara, Estornés y los nuestros mismos, basados en fuentes de primera mano, respaldan toda la elaboración, bien enmarcada y resumida. Echamos de menos, aún a trueque de cansancio, de un par de epígrafes, uno sobre la proyección eclesiástica de las *“Juntas de Guipúzcoa”* de 1869 y sus consecuencias no sólo para Guipúzcoa, sino para toda Euskal Herria y España y otro sobre la intervención cualificada y cuantificada del clero en la II Carlistada.

La fachada política en España y, por tanto, en el País Vasco, ya a partir de 1874, cambia de signo en el concurso de la monarquía parlamentaria en Alfonso XII. En historia lo llamaremos política *“turnista”*. Su estudio exhaustivo Villota Elejalde lo afronta en tres apartados: breve el de las coordenadas socio-políticas de la Restauración y amplios los otros dos: el del País Vasco en sus aspectos económicos, políticos e industriales y el del panorama de la Iglesia española en este período. Por estos dos últimos conocemos mejor y de forma acertada los grandes temas de la historia del País Vasco. Mérito bien relevante del excelente historiador Villota, arropado con los excelentes estudios de Solozabal, González Portilla, Alzola, Fusi, Saiz Valdivielso, Elorza, Larronde, Payne, Azaola, Benavides, Cacho Viu, entre otros. Sin embargo, a 73 páginas de historia general de España y País Vasco, corresponden 14 de la historia de la Iglesia en el régimen canovista. Difícil lo tenía Villota Elejalde, como difícil lo tiene cualquiera que quiera historiar esos cincuenta años de la histo-

ria de la Iglesia en el País Vasco, a falta de estudios analíticos pormenorizados de cada uno de los períodos. Pese a ello el autor emprende un adecuado acercamiento a los pontificados del segundo, tercero y cuarto obispos de Vitoria: Espinosa de los Monteros (1877-1880), Miguel y Gómez (1881-1890) y Fernández de Piérola (1890-1904).

La segunda parte avanza en tres direcciones: la génesis política y social de la II República, la situación del País Vasco y la postura de la Iglesia. Ya en la introducción Villota nos había advertido del trato conjunto de la Iglesia en el País Vasco en unión de la Iglesia por España. Pensamos de todas formas que las actividades del catolicismo por Euskal Herria durante el período republicano, tenían entidad más que suficiente para constituir un todo separado, suficientemente rico. Por eso, después de un año largo de criba de trabajos y de documentos, pudimos dar a luz en 1988 nuestro estudio: *“Catolicismo vasco entre el furor y la furia (1931- 1936)”*, galardonado por la Sociedad de Estudios Vascos, publicado en 1988 y que corresponde al período de la II República. Con todo, honda simpatía nos merece el esfuerzo de Elejalde al confeccionar este capítulo con los ingredientes de los mejores especialistas en el tema: Tuñón de Lara, Artola, Payne, Tusell, Montero Gilbert, de la Granja, Fusi, Arbeloa, Elorza y Estornés.

En la tercera parte, Villota Elejalde, acota su estudio al trienio de la Guerra Civil del 1936-39. El autor reproduce bien la vida de la Iglesia en cautividad, introduciendo con justicia la bibliografía del canónigo Onaindia,

Aguirre, Prieto, Muntanyola, y Ruiz Rico. A nuestro juicio, pese a sus cortas 38 páginas, se redimen los fusilamientos de los sacerdotes por el bando nacional, se matizan las actitudes confusas de los obispos Lauzurica, Múgica y Olaechea, se recuerdan las represiones brutales de ambos lados, se consignan las capitulaciones de Santoña, se completan las declaraciones del obispo Múgica con su tardo folleto: "*Imperativos de mi conciencia*"; sin descuidar la labor del ministro peneuvista Irujo, la Carta colectiva del episcopado español de 1937, la higienización moral llevada a cabo con 800 sacerdotes, religiosos y seminaristas vascos. En suma, Villota Elejalde mecha de serenidad y equilibrio, período tan tergiversado por sagaces tejemanejes y aprovechados autores, sometidos todavía a solapados mandatos, cuando no a arrebatadas ideologías o conveniencias.

Doscientas páginas ocupa la cuarta parte del libro, correspondiente al tema de la Iglesia durante el franquismo. Bien surtido aparece el primer capítulo con estudio asediado a la estructura y períodos del régimen de Franco, al que sigue un segundo, compatible con el anterior, pero bien centrado en el País Vasco, sin delirio alguno por subrayar las diferencias accesorias. Villota Elejalde tiene buen cuidado en distinguir aquí todos los procesos socio-políticos del País Vasco, destacando con esfuerzo razonador el nacimiento de ETA, sus asambleas, sus procesos, sus recomposiciones y escisiones.

En el tercer capítulo de esta última parte, el historiador persigue la noticia de las dos Iglesias del franquismo. Sin levantar acusaciones de ningún tipo subraya

la teoría y la práctica del llamado "Nacionalcatolicismo", hasta su homologación jurídica con el Concordato de 1953, para pasar a la culminación del Vaticano II y del despegue definitivo de la Iglesia. Y dentro de un capítulo cuarto Villota Elejalde sitúa la Iglesia del País Vasco como en una pasarela por la que cruzar el amenazador período franquista. No se olvide que aquí perdieron la guerra, y a diferencia de otras regiones, una muy importante fracción del clero y de las clases medias católicas, que pertenecían al nacionalismo, "como la masa rural y marítima de lengua vasca, inmersa en su casi totalidad en la militancia nacionalista" (pág. 463).

Buen pedagogo, el profesor Elejalde subdivide el capítulo en períodos que desmenuzan, sin ira, las vicisitudes de la Iglesia por Euskal Herria. Del primer período (1937-1950) nos destrozan los recuerdos de la destitución de Múgica, las sorprendentes actitudes de Lauzurica y sobre Lauzurica que el mismo General Franco hiciera, cuando advertía: "Yo tengo un obispo para Guipúzcoa. Es un hombre que hablará de Dios, hablando de España" y las acometidas contra el seminario floreciente de Vitoria. De él se recuerdan nombres tan dispares como Enciso, Ugalde, Aldabalde, Rodríguez de Yurre, Goicoecheandia, Guisasola, Zuzunegui, Barandiarán, Suquia, Arizmendi-Arrieta, entre otros.

Del segundo período (1950-1968), Elejalde destaca la homogeneidad en la Iglesia Vasca. "Aunque —subraya el prestigioso autor— contemplando épocas de distinto significado teológico y eclesial —el Concilio está en medio— vemos sus diócesis gobernadas por unos obispos, en general, para quienes el pasto-

reo en tierras vascas va unido a una necesaria conversión de sus hombres a lo español y lo que ello lleva de anulación, olvido y, a veces, arrasamiento de cualquier peculiaridad vasca, a la que normalmente, se le verán connotaciones nacionalistas" (pág. 470). Y, paso a paso, nos conduce por las intrincadas crisis y pujanzas de la Iglesia por el País Vasco, divididas ya en tres diócesis desde 1950. Afortunados y desafortunados los pasos de Morcillo por Bilbao que con corte preconciliar convocaba la "*misión del Nervión*" de 1943 para "predicar a Cristo y a Cristo crucificado", mientras organizaba cumplidamente la diócesis, como los de Font y Andreu por Guipúzcoa. Se detiene, asimismo, Elejalde en las crisis del catolicismo vizcaino sobre todo: los trabajos de Ander Manterola, las concentraciones y manifestaciones de los sacerdotes, la cárcel de Zamora, el nacimiento del grupo "Gogor", los ecos de displicencias y tumbos del prelado Bereciartua y Valerdi como de Gurpide y Beope.

Observa, en fin, Elejalde, la vertiginosa oleada de acontecimientos eclesiásticos que llegaron a invadir al País Vasco, entre 1968 y 1975 y los estudios en un último y tercer período. Con el arzobispo Tabera en Pamplona, el obispo Argaya en San Sebastián y Cirarda en Bilbao se comenzaba una nueva época y la finura de Elejalde nos la ofrece, atomizada, con un estudio más que suficiente de los boletines eclesiásticos, de periódicos como la "*Gaceta del Norte*", "*Hierro*" o "*Vida Nueva*". Como el tonelaje de los hechos se acentuaba con el ocaso del general Franco, Elejalde decide ganar tiempo tratando, en fin, el "*asunto Añoveros*", para concluir

su acta notarial entre los años de 1975 y 1976, "Desde esta época —concluye— la Iglesia en el País Vasco se encuentra ante el reto de ser un signo de encuentro, tolerancia, respeto y reconciliación, en medio de una sociedad enormemente plural, en donde la intolerancia y la falta de diálogo ha llevado a una violencia que, en ocasiones, llega a engendrar indicios de desesperanza" (pág. 513). Para nuevos tiempos, nuevos hombres y Elejalde apuesta, estricto y rotundo, y no sin razón por Cirarda ahora en Pamplona, Uriarte y Larrea en Bilbao, Larrauri en Vitoria y Setién en San Sebastián.

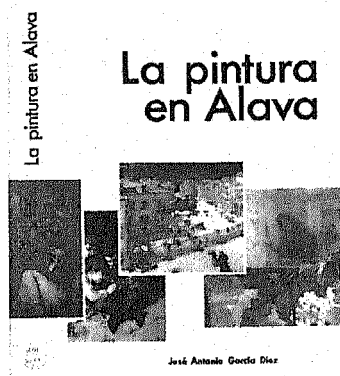
En suma, una primera historia global del catolicismo contemporáneo por el País Vasco sería y densa. La ponderación del texto pone sus graves manos sobre la historiografía vasca, enriqueciéndola notablemente. Con trabajos como éste, se contribuye a mejorar las tareas de solidaridad bibliográfica e historiográfica. El historiador Villota Elejalde, convencido de que la cultura vasca no es cuestión de improvisaciones, realiza un buen examen de conciencia de la trayectoria del catolicismo vasco, construido a partir de un inagotable idioma completo, es decir, como parte integrante del hecho vasco en su totalidad (lo social, lo político, lo económico... entrelazados con el hecho religioso). Con lo cual, la naturaleza de trabajos así, una vez más, triunfa sobre los monopolios de modas historiográficas, instaladas en la ideología o redactadas con las prisas de la noticia periodística o con la inquietud de mantener unas tomas de postura anteriores al análisis.

F. RODRIGUEZ DE CORO

La pintura en Alava

Vitoria-Gasteiz, Caja Vital Kutxa, 1990

José Antonio García Díez



Basada en la investigación que realizó para mi tesis doctoral, la pintura en Alava es una obra que profundiza en la evolución del arte pictórico alavés, desde el último cuarto del Siglo XVIII hasta la actualidad.

Aunque se habían realizado algunos trabajos parciales o puntuales, quedaba por hacer una exploración a fondo que llenara el vacío existente sobre el tema: vertebrando en el tiempo los hechos y las bases que sustentaban esta pintura, su desarrollo respecto a la sociedad donde se llevó a cabo y en definitiva, intentado saber cual era su verdadera dimensión, traspasando, en consecuencia, la barrera construida en torno a impresiones generalizadas, circunscritas a hechos y acontecimientos muy generalizados.

El estudio está articulado en torno a criterios originados en el método histórico y más concretamente en conceptos y términos utilizados por la Historia General del Arte, pero considerando también las inevitables

oscilaciones, propias del gusto local. De aquí que hayan surgido posibles ideas que definen el carácter autóctono de la pintura alavesa.

Siguiendo esta concepción ha ensamblado, sin modificar sustancialmente, los aspectos estéticos y ha analizado todos los probables enfoques interpretativos, estableciendo así las secuencias históricas y los sistemas de relaciones que explican y definen los conceptos más generales.

Pero, aunque todo es historia y en ella ha puesto mayor énfasis, las actitudes y el sentido expresivo sólo pueden tener coherencia si admitimos como fuente primera la obra del artista; ella nos hará entender la particular visión de un arte que se nutre, crece, cumple y fortalece en la vida del pueblo alavés. La materialización de esta obra corresponde al esfuerzo creativo del pintor; su razón e intuición, las épocas que han condicionado su intencionalidad, los valores heredados de la tradición o generados por la esencia cultural de su tierra y la formación artística subyacente, convergen y se hermanan para cristalizar en una representación pictórica que se enraiza en su ambiente natural, laboral y social, configurándose así una elección estética ligada, en nuestro caso, a Alava.

En definitiva, la metodología parte de los sistemas de formación del artista que inciden sobre vivencias y experiencias acumuladas, a partir de las cuales, se generan las grandes líneas de transformación histórica que a continuación se reseñan.

Desde el último cuarto del Siglo XVIII, se aprecia una evolución lenta y progresiva, alimentada por la confluencia de intereses, entre los grupos artesanales